

el sudoeste y el nordeste, exactamente en el centro de la tierra. Gracias á esa situación geográfica y etnológica, debía reunir en sí todas las perfecciones del sur y del oeste, del norte y del este. ¡Como si hubiera sido Goethe el único hombre del mundo que ha visto la luz en la Jerusalén germánica! ¡Como si los adoradores del gran poeta hubieran tenido la ingenuidad de creer seriamente que antes de Goethe todos los habitantes de Francfort habían sido llevados allá por las cigüeñas! ¡Como si en la humanidad, en cuyo medio viven todavía hoy sus compatriotas que nacen entre el sudoeste y el nordeste, no hubiera sino lados flacos que explotar y dinero que hacer correr! ¡Quién no ve que en sí mismos llevan su refutación estos excesos de imaginación?

Basta, para reducir á la nada estas teorías, la sola existencia del *Hombre enfermo* en Constantinopla, que es una de las posiciones más importantes y más favorecidas del mundo. Hace ya muchos siglos que no produce nada notable el suelo en que adquirieron tan gran renombre un Pericles, un Platón, un Aristóteles, un Eumenio, un Atalo, un Basilio, un Atanasio y un Agustín. ¿Cómo explicar esto si los grandes hombres los produce el suelo y el clima? Pero no nos hagamos así el eco de las opiniones dominantes en la época; tenemos tanto miedo de pasar por retrógrados, si no las aceptamos á ciegas, que no hallamos tiempo para reflexionar sobre estas dificultades.

Hay hoy pocos que no se rían de la antigua astronomía que todo lo explicaba por la influencia de los astros, y que muy bien podía pasarse sin el libre albedrío, puesto que de una manera inmutable lo tiene todo arreglado una potencia superior, la influencia de los astros. Por el contrario, no dudamos nosotros en admitir este absurdo que hace determinar todas las acciones y todos los impulsos del hombre por una fuerza inferior invencible, la influencia terrestre. ¿Por qué? porque es opinión de moda. Está ganada la victoria, después que se ha entrometido la estadística, y nos ha demostrado con cifras que no hay para

qué hablar de libre albedrío, desde que aumenta en proporción siempre creciente el número de divorcios, de suicidios y de crímenes. Han desaparecido por completo nuestros últimos escrúpulos contra los diferentes sistemas que substituyen al libre albedrío la preponderancia de una influencia puramente natural.

Así se realiza una vez más la verdad del viejo refrán: «Cada ollero alaba sus ollas».

Las cifras de la estadística prueban al materialista que tiene razón, precisamente porque es materialista. Pensamos que no sería más difícil al astrólogo y al frenólogo, si tuvieran un poco de genio, demostrar con las mismas que sólo ellos tienen y pueden tener razón.

Viene, por fin, la última clase de los que niegan el libre albedrío, los fatalistas, que, con los antiguos, no admiten sino el «hado» inflexible y sin vida, ó con los mahometanos, la voluntad de hierro de un Dios inexorable como causa de todo lo que sucede, quedándose ellos con lo más hermoso. Más fácilmente que los otros, valiéndose de cifras y de hechos, podrán dar á su pavorosa doctrina una importancia que satisfaría sin duda á los admiradores de la estadística.

No queremos examinar si hay alguno de estos cuatro sistemas que merezca seria refutación; ni nos creemos obligados, mientras los que los sostienen no nos den pruebas de que tienen fe en sus principios y de que llevan la convicción á aquellos á quienes los predicán. En el pasaje siguiente ha dado el gran poeta inglés la mejor y más concluyente respuesta, aunque un poco inmoral, que puede darse á esa tentativa de negar el libre albedrío: «Admirad la ridiculez de los hombres, que, cuando por nuestra imprudencia, y por el desarreglo de nuestra conducta, sufre y se deteriora nuestra fortuna, quieren culpar de nuestros males al sol, á la luna, á las estrellas, como si fuéramos viciosos y perversos por inevitable fatalidad, insensatos por impulso de los cielos, bribones, traidores y pícaros, por acción invencible de las esferas, borrachos, embuste-

ros y adúlteros, por forzada obediencia á la influencia de los planetas, y como si todo el mal que hacemos no sucediera sino porque, á pesar nuestro, nos empuja el cielo que viene á ser cómplice en todo. ¡Admirable excusa, imputar las malas inclinaciones al cambio de una estrella!»⁽¹⁾

4. La doctrina católica sobre el libre albedrío salva el honor de la humanidad.—En esta materia es incuestionable que sólo en el Cristianismo, ó para hablar con más precisión, sólo en el Catolicismo ha encontrado su salud la humanidad.

Cuando en el curso de nuestras discusiones, examinamos lo que enseña la razón del hombre, las soluciones que da su verdadera y mejor naturaleza, lo que tenemos derecho á esperar de sus fuerzas, tendremos muchas veces ocasión para convencernos de que, con frecuencia demasiada, los que tienen constantemente en sus labios las palabras «hombre», «naturaleza», «corazón», á pesar de su presunción, son los que menos creen en la verdad de la naturaleza humana, mientras que la doctrina católica, sin preocupaciones, y de la manera más conforme á la verdad, reconoce la dignidad natural y la potencia del hombre. Mas nunca es tan evidente este hecho como cuando se trata de la libertad de la voluntad humana.

Lejos de dejarse engañar y seducir por todas las contradicciones y por todas las exageraciones que, ya atribuyen al hombre independencia casi divina, ya le señalan rango casi inferior al de los animales, en el curso de los siglos ha sido la fe católica el inmutable guardián de la verdad, límite justo entre la desmesurada elevación y el demasiado rebajamiento personal. Más aun que por hechos suficientemente probados, confirma esa verdad, apelando á la triste experiencia de cada uno, y muestra que la fuerza de la voluntad, y aun la naturaleza entera, quedó debilitada con la caída del género humano.⁽²⁾ Á pesar de todo, afirma como artículo de fe, «que continúa existiendo

(1) Shakespeare, *Lear*, I, 2.

(2) Concil. Araus., II, c. 8.—Conc. Trident., s. 6, c. 1.

en cada uno de nosotros la libertad de la voluntad, y que solamente puede hacerla desaparecer la misma naturaleza humana.⁽¹⁾ Por eso rechaza la falsa afirmación de que «no puede el hombre ni evitar el mal,⁽²⁾ ni hacer el bien»,⁽³⁾ y sostiene que «hasta las fuerzas de la naturaleza racional y libre que le han quedado en el estado actual, le hacen capaz de algún bien natural y le obligan á hacer el bien».⁽⁴⁾

No debe entenderse simplemente en el sentido de que no pueda impedirle abstenerse del mal, ni hacer el bien ninguna fuerza exterior. Cree aun hoy la teología luterana que puede librarse de las censuras á que la expone la supresión de la independencia de la voluntad, cuando piensa tener suficientemente garantida la libertad, enseñando que siempre que puede atribuírsele falta, es libre el hombre de toda violencia externa.⁽⁵⁾ Error grave. También los jansenistas pretendían con el mismo subterfugio evitar la vergüenza de haber quizá atentado á la libertad humana; pero la Iglesia ha condenado estos fuegos fatuos, y los ha marcado con el sello de la herejía,⁽⁶⁾ y con razón; sabido es que «donde es posible la violencia, no puede existir lo voluntario».⁽⁷⁾

Siendo algo puramente interior, la voluntad y su actividad, como tales, superan la influencia de toda violencia externa. Puede ésta impedir á la voluntad que ejecute el acto que se propone, pero no puede violentar á la misma voluntad.⁽⁸⁾ Si, pues, se quiere hablar seriamente del libre albedrío, no basta con decir que consiste sólo en que no puede ser violentado por ninguna fuerza externa. Hay libertad cuando es libre la voluntad, y no es libre la vo-

(1) Concil. Araus., II, c. 23.—Conc. Trident., s. 6, c. 1.—Propos. Quesnelli damn., 38.—Sto. Tomás, 1, q. 83, a. 2, ad 3.

(2) Prop. Baii damn., 28, 39.—Quesnelli, 30.

(3) *Íd.*, *íd.*

(4) *Íd.*, *íd.*, Sto. Tomás, 1, 2, q. 109.

(5) Delitzsch. *Bibl. Psychologie* (2), 165.

(6) Prop. Baii, 39, 41, 66.—Jansenii, 3.

(7) Sto. Tomás, 1, 2, q. 6, a. 5.

(8) *Íd.*, 1, 2, q. 6, a. 4.

luntad sino con tres condiciones. ⁽¹⁾ Es necesario que «no la determine ninguna necesidad, ni aun interior, á decidirse en tal ó cual sentido»; ⁽²⁾—«que posea en sí misma libertad completa para decidirse por una cosa ó por otra, por escoger entre esto ó aquello, para ejecutar ó para recibir tal acción, para producirla en una forma ó en otra»; ⁽³⁾—en fin, «que tenga verdadero dominio sobre su actividad, y posea en sí el verdadero principio de su decisión». ⁽⁴⁾

5. Responsabilidad y libre albedrío.—Todos llevamos en nosotros mismos la prueba de que es así en realidad. En vano dice uno cuando ha obrado mal: No podía hacer más; estaba escrito. No acepta el corazón semejante excusa; no está á su gusto, y protesta tan enérgicamente como el que, conformando sus palabras con el lenguaje de su razón y de su conciencia, dice: «Pudiste cumplir con tu deber, y no has cumplido; llevas, pues, el pecado y debes también llevar la responsabilidad de tus actos».

Por eso, es también prueba de la fe en el libre albedrío el testimonio de todos los pueblos y de todos los tiempos.

Jamás ha renunciado á esta creencia la humanidad. Aun hoy día, que se protege el crimen todo lo que se puede, es imposible borrar de los códigos, ni suprimir de la enseñanza dada al pueblo, el principio de que todo culpable merece castigo. Entonces, ¿por qué obstinarse en negar la libertad? ¿No es una flagrante contradicción con respecto á la razón, y una herida que clama al cielo inferida á la justicia? No hay responsabilidad donde no hay libertad. Y si hay responsabilidad, libre debe ser el hombre, si no, se comete con él injusticia siempre que se le exige satisfacción, ó se le impone castigo por algo que excede sus facultades. Es tan rigurosa esta conclusión, que

(1) Como dice la antigua escuela: Para la liberta; no basta la *libertas a coactione*, se necesita la *libertas interior indifferentia*.

(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 10.

(3) Sto. Tomás, 2, d. 28, q. 1.

to. Tomás, C. Gent., 3, 111, 112, potent., q. 3, a. 7, ad 5.

nos ha valido una concesión de parte de Lessing. ⁽¹⁾ La única razón, dice, de no gustarle la doctrina del libre albedrío, es «el temor y la inquietud del corazón que acompañan al pensamiento en la responsabilidad». Pero ésta nace necesariamente de la libertad. Si no honra esta confesión al que la hace, es al menos sincera.

Entre tanto, si reivindica para sí el espíritu fuerte la no-responsabilidad, ¿por qué no ha de ser fiel á sus principios cuando le hace otro una injusticia? ¿Por qué los que se esfuerzan en arrancar del corazón del hombre la fe en el juicio, en la remuneración, y con ello, la verdadera garantía para el cumplimiento del deber, son precisamente los primeros en exigir aumento de policía, de jueces y de fuerza armada? ¿Por qué consideran justo castigar con penas excesivas el más pequeño atentado á su propiedad? ¿Por qué no han tenido en cuenta los pueblos el deseo de Platón y de Owen que decían que debían abolirse lo mismo el castigo que la recompensa? Fácil es la respuesta. Puede ser útil al particular negar la responsabilidad para seguir sus bajos instintos, para entregarse al mal sin inquietud, y para rechazar el molesto freno del temor al castigo; pero es imposible á un natural franco, y á la humanidad en general, vivir sin conservar intacta la responsabilidad. Hacer de la doctrina de Lessing el fundamento de la vida pública y social, sería romper todos los lazos de la disciplina y del orden.

Es, pues, muy claro que no es posible la sociedad humana sin responsabilidad; y por lo tanto, está una vez más demostrado que no puede representarse el hombre sin voluntad libre.

6. Honor y deber de la voluntad libre.—El hombre es libre; soberanamente lo prueban cuantos argumentos podemos presentar; ninguno de los motivos que pueden alegarse en favor de esta verdad, disminuye el grado de claridad y de certidumbre que posee la verdad misma.

(1) Lessing. *Zusätze zu Jerusalem's philosophischen Aussätzen*. (Lachmann, X, 6).

Sabe todo hombre capaz de hacer uso de sus fuerzas intelectuales que con su naturaleza humana ha llegado á participar de un doble don que conservará tanto tiempo como su misma naturaleza: el conocimiento racional y la libertad en sus decisiones. «Dios, desde el principio, crió al hombre, y lo dejó en la mano de su consejo». ⁽¹⁾ Eminente dignidad, y al mismo tiempo señal de gran confianza. Ha colocado Dios en las manos del hombre el cumplimiento de sus miras más elevadas; las hubiera podido realizar con más seguridad, si las hubiera hecho ejecutar por criaturas no libres, sometidas á la necesidad; no lo ha querido, y se siente uno tentado á decir que prefiere el honor de la criatura á su propio honor, aun cuando frecuentemente parece que la falta y la vergüenza recaen sobre el mismo hombre. Jamás se encuentran en contradicción el honor del Creador y el de la criatura. Dios busca su honor en el honor del hombre; que es decirle que nada le honra tanto como trabajar por el aumento de un honor, que podía Dios haberse asegurado de una manera cierta. En cuanto á Dios, no reclama del hombre otro honor sino que crezca en elevación y en nobleza, pues lo ha creado á su imagen y semejanza.

Mas á la grandeza del honor corresponde la grandeza de la obligación; tiene en sus manos el hombre su honor y el honor de su Dios; hay dos cosas en su poder: ó responder á su naturaleza, seguir la luz de la razón, conformarse con la voluntad santísima de su Señor, y entonces se ennoblece; ó bien ponerse en contradicción con sus propias luces, con su sublime naturaleza, no observar los mandamientos de su Dios, y entonces se pierde; que jamás sucede que en cosa grande ó pequeña responda el hombre á lo que le exigen Dios ó su propio honor, sin que se haga mejor; como jamás falta á su deber, aun cuando sea en asuntos de poca importancia, sin que en la misma proporción atente contra su naturaleza y su honor. Por eso debe apenarse su verdadero amigo hasta lo más íntimo de

(1) Eccl., XV, 14.

su alma, cuando le ve caer en pecado, y oye que con orgullo responde á los avisos que le da: «¿No soy dueño de mí mismo? ¿No puedo hacer lo que quiero?»

¡Oh hombre! ¿cómo puedes burlarte de ti mismo y de tu honor en un asunto de tanta importancia? No es ciertamente una bagatela tener en su mano su propia naturaleza, y saber que de su propia voluntad depende su suerte. Eres, dices, dueño de ti mismo; sí, selo, pero para honor tuyo. ¿Puedes hacer lo que quieres? está bien, pero no quieras tu ruina. Tu obra será tu honor ó tu vergüenza; en tu voluntad están tu salud ó tu condenación.

Sola la voluntad decide nuestra suerte ó nuestro honor; no entra en cuenta todo lo que se puede oír, ver, desear ó considerar como permitido; ¡ojalá pueda comprender el mundo esa importante verdad! No hay que dudarle; la causa de los más grandes males de la época está en la negligencia con que se cultiva la voluntad. Creen unos haberlo hecho todo cuando han cultivado su inteligencia, y están otros satisfechos, cuando han pasado por su corazón algunas emociones fugitivas ó sentimentales; pero con facilidad suma se desprecia la solicitud de quitar todos los obstáculos, todas las dificultades, para querer seriamente lo que se considera un deber, para querer lo bello y lo bueno que producen nobles entusiasmos. No se tiene intención semejante al educar á la juventud, y aun los grandes personajes se dispensan de esta enseñanza. Sin embargo, no basta ver las cosas para mejorar de vida; no es más que aumentar la responsabilidad, y nada más.

En cuanto á las emociones sentimentales, pasan con demasiada rapidez, y no dejan en pos de sí sino la ilusión de creerse mejor, porque se ha estado un instante en posesión del bien.

Sólo marcha á su perfección el que se posesiona del bien con su voluntad, el que se adhiere á él con los más fuertes lazos, hasta que lo traduce en actos; desde ese momento, todo es digno de sus cuidados, sus conocimientos y sus designios, sus nobles deseos ó su entusiasmo por

el ideal; el papel decisivo pertenece á la voluntad seria.

¿Qué motivos más poderosos para obligarnos á ser mejores, y para lanzarnos en seguimiento de la virtud, que los seductores ejemplos de los santos, la conmovedora palabra de un predicador penetrado del espíritu de Dios, y el aguijón de la conciencia contra el cual no es posible recalitrar? Pero todo esto no es sino impulsos, no es decisión; de la voluntad depende siempre el resultado; ni aun la gracia omnipotente de Dios puede reemplazarla; si la voluntad no coopera, en vano se le da la gracia, aunque sea tan abundante como la concedida á Saúl. Sólo cuando comienza el hombre por entregar su voluntad toda entera, puede, de concierto con ella, llegar á su fin supremo, la gracia más copiosa.

7. Debilidad de la voluntad.—El hombre es libre; pero no es independiente; haciendo uso de su voluntad puede mucho; pero no lo puede todo, es poderoso, pero no es omnipotente. Aun cuando no hubiera caído, aun cuando hubiera permanecido tal cual salió de las manos de Dios, tendría muy sobrados motivos para ser modesto y prudente. Depende de tal manera de las circunstancias, de la educación, de cuanto le rodea, de su bienestar momentáneo; actúan con tal fuerza sobre él el clima, el tiempo, las estaciones, los acontecimientos; le dominan de tal modo sus propios hábitos, su origen, la opinión general, las costumbres públicas y privadas, que no es difícil comprender cómo se han servido de todo esto como de pruebas más ó menos aparentes para negar la libertad los que desearían librarse del incómodo bagaje de la responsabilidad.

De esta materia se ha apoderado la estadística con especial predilección, y cree que puede demostrar con cifras, que está puesto el hombre bajo influencias y que vive según leyes que excluyen toda libertad de la voluntad; pero le sucede en esto á la estadística lo que á toda ciencia nueva é incompleta, lo que á todo espíritu que no ha llegado á la madurez.

Bastan para explicar la causa de este enojoso zipizape, que oímos á veces tener origen en un gallinero, algunas observaciones de aquéllas que en su vida han hecho centenares de veces hombres de edad y de experiencia. Parecería que este huevo, cuyo origen tanto se ha celebrado, era el primero que ha hecho las delicias del mundo; pero ha visto ya la humanidad millones de huevos; los ha comido y los ha encontrado exactamente iguales á este nuevo desove. Sin embargo, no hay quien por esta razón considere el mundo como una canasta de huevos. Sólo la gallina joven, al ver su primer pollito, se enamora de él, de tal manera, que para ella el mundo es como si no existiera.

El alboroto que á veces mueve la estadística con algunos de sus descubrimientos que pretende que son novedades, nos recuerda perfectamente á la gallina en el colmo de su regocijo.

No pretendemos por eso poner en duda todos los cálculos de los estadistas, aunque, por precaución tenemos motivos para precavernos contra ellos; pero no vemos que sean suficientes los motivos que nos presentan para negar la libertad humana. Demostrarán acaso, como ya lo hemos dicho, que la libertad del hombre no es la independencia; lo sabe hace ya mucho tiempo el que conoce el corazón humano y la humanidad.

En efecto, por poca experiencia que se tenga, con mucha frecuencia puede predecirse lo que en tales ó cuales circunstancias harán tal ó cual hombre y tal ó cual pueblo. En esto se fundan los diplomáticos y los seductores más arteros para trazar sus más hábiles planes. En este cálculo es necesario buscar la razón de la gran influencia de algunos oradores y de algunos escritores. Cuando se dice de alguien que es un psicólogo, no se quiere decir sino que es un hombre que, por su constante observación, ya de su conducta, ya de la conducta de los demás, conoce qué es lo que puede explotarse, qué cuerda del corazón humano hay que tocar para llegar con certeza al fin que se propone.